

sísima virgen, con la cual no podrá dormir en paz, á causa del exceso de su temeridad y de su pasión, sino bajo el sueño de la eternidad y sobre la tierra del sepulcro.

Ovidio mismo, ese gran representante de los sensuales amores, por los que perdió su patria Roma y por los que juntó á un renombre ilustre una infamia eterna, parece como que se purifica cuando trata de esta tierna historia y describe con su elocuencia natural estos dulces amores. Bien es verdad que pocos idilios tan melancólicos, tan elegíacos y tan bellos como este idilio marítimo. Abydos y Sestos, aunque se miran complacientes en las mismas aguas y viven felices bajo el mismo cielo, están separadas, por hallarse la una en Asia y la otra en Europa, compartiendo así los odios mutuos entre aquellas regiones y llevando el peso de las guerras históricas entre aquellas razas. Las familias de uno y otro pueblo no podían unirse tan fácilmente con sus sendas familias rivales, como lo podían entre sí, cumpliendo las leyes y las tradiciones patrias. Pero el amor no conoce la historia, no estima la diferencia de razas, no sabe cosa ninguna de los odios seculares que hayan podido dividir á dos familias en guerra; él salta los abismos, suprime las distancias, convierte un suspiro en el aire necesario al espíritu y de la mirada despedida por unos ojos ena-

morados hace un cielo eterno, en el cual no pueden reinar ni el triste olvido ni la implacable muerte. Celebrábanse las fiestas de Venus en los jardines de Sestos. La diosa resplandecía en su ara y los coros de sus sacerdotisas la saludaban en himnos amorosos sin fin. Entre las sacerdotisas de Venus brillaba con brillo singular la hermosa Hero. Verla, oirla entre las llamas sacras, las guirnaldas votivas, las cítaras armoniosas cantando el amor y á la divinidad del amor, ofreciendo puros holocaustos, era un espectáculo demasiado bello para que no tentase á un joven marino de alma pura y de sentimientos ardorosos. A no dudarlo, en cuanto se vieron los dos jóvenes se enamoraron, y en cuanto se amaron debieron reconocer la imposibilidad completa de unirse legítimamente y legítimamente satisfacer aquel amor intenso. Ya fuese por odio entre sus dos familias, ya por triste recuerdo y conmemoración de pasadas guerras, ya por diferencia de religiones, ya por odiosidades mutuas de raza, no podían verse y hablarse á su arbitrio para convenir la unión legal de sus nombres, que debía responder á la unión eterna de sus almas. Habitante de Abydos él, vivía ella en una torre de Sestos. Él no tenía confidente alguno de su amor: compatriotas, familia, padres, amigos, todos lo ignoraban. En cambio ella tenía la vieja nodriza,

que hace papel de confidente allá en todas las letras y en todas las artes griegas. Dentro del alma suya vertía Hero las lágrimas y al seno suyo confiaba sus secretos. Ella, la nodriza, encendía todas las noches la tenue luz que brillaba como una estrella de amor sobre la torre donde residía Hero. Los dos jóvenes se amaban con igual intensidad, y siendo suspiros y ojos los pregoneros inconscientes é indeliberados del amor, tenían que ocultar esta pasión del alma, la cual trasciende por toda la exterioridad del sér como si fuera un crimen. Leandro no podía ver á Hero sino de noche, y Hero no podía sino de noche aguardar á Leandro. Una barca, deslizándose, aunque fuese al amor de las sombras, entre las dos riberas, podía traicionar al barquero y desvanecer el misterio. Los dos amantes por tal manera estaban seguros de la mutua imposibilidad alzada entre los dos amores, que se convinieron, el uno en ir nadando á la torre de Sestos, y la otra en la torre de Sestos aguardar al intrépido y enamorado nadador.

¡Cuántas dificultades! En primer lugar necesitaba Leandro que la población de Abydos llegase á profundo sueño y no advirtiese de ningún modo su fuga, cosa poco asequible sino á las altas horas de la noche. Después debía burlar la doble vigilancia que por tierra y por agua empleaban contra los

vecinos y contra sus rivales aquellas poblaciones heridas por tantas guerras y atravesadas por una continua invasión. Luégo que ya hubiese todos estos obstáculos vencido y superado ¡cuántas celadas terribles podía el mar tenderle, y cuántos abismos de muerte abrían sus fauces en torno suyo para devorarlo! Un viento súbito, una onda traidora, la zozobra inesperada de cualquier cambio repentino, los monstruos varios que corren por las infinitas soledades del mar, los mil accidentes propios de una peligrosa natación, amenazábanle con las amenazas más terribles y le tendían por doquier amagos de muerte. Luégo, podía conocerse la marcha entre las aguas, bien por un relámpago en tormentosa noche, bien por un rayo de luna en noche serena, bien por la estela y el fosforeo que su propio cuerpo produjera en las luminosísimas y esplendentes aguas. Aunque había menos de una milla entre las dos riberas, el frío nocturno entumecería mucho los músculos y la corriente opuesta resistiría mucho también á los esfuerzos del nadador, aunque hábil y diestro fuera. Estas distancias marinas ¡ay! si quier corta en estrechos angostísimos, cual el Bósforo, se agrandan en cuanto, después de haberlas medido con la vista, queréis medirlas á nado. Todo lo que se acortan al contacto del ojo se alargan al contacto del cuerpo. Hay un poeta, lord

Byron, que ha tendido su éter de poesía sobre todas estas costas y sobre todos estos mares de Grecia. El Egeo, el Jonio, el Bósforo, las islas del Archipiélago que parecen madreperlas, el puerto de Atenas, las canteras de Paros, los desfiladeros de Lacedemonia, los cercados de Arcadia, las montañas de Tesalia, todos aquellos territorios llevan como una corona de ideas ceñida por el poeta seminormando y semisajón, que no habiendo podido nacer de Grecia como lo deseaba su alma y lo merecía su genio, murió joven é inspirado en los brazos de Grecia. Bogaba un día por el Bósforo, acompañado de varios marinos ingleses, cuando se les ocurrió una disputa sobre la verosimilitud ó inverosimilitud reales del paso de Leandro á nado por aquel extremo de la mar Tracia. Sostenían unos la facilidad manifiesta, sostenían otros la dificultad insuperable. Aquellos aguijoneos que sentía el poeta inglés por todas las aventuras poéticas, lanzáronlo al mar, donde ensayó el viaje que hacía Leandro todas las noches á su regreso de Sestos. Pasó, pues, desde las riberas europeas á las riberas asiáticas. El experimento no se frustró. En una hora y diez minutos llegó el nadador normando, ilustre lobo marino, á las costas asiáticas desde las costas europeas. Pero no pudo abordar al sitio donde supone la leyenda que abordaba Leandro; lleváronle más

lejos las corrientes. El joven enamorado griego hacía todas las noches dos expediciones, una de ida y otra de vuelta. Si á la expedición atractiva de ir le impulsaban los ardientes deseos y las esperanzas de hallar al otro lado satisfacciones indecibles á su amor, todo esto se tornaba en contra suya naturalmente á la vuelta, oponiéndole invencibles obstáculos, así las satisfacciones halladas como el amor intenso que lo retenían en las costas donde residiera su amada. ¿Pero qué resistencias no superan las pasiones humanas?

Ocultar el amor é ir todas las noches á la torre de su amada ¡terrible situación verdaderamente dramática y muy propia para despertar las grandes emociones que avivan en nosotros siempre todos los combates del alma! ¡Cuán importuna le debía parecer á Leandro la población entera de Abydos interpuesta en el camino de su felicidad! Estos pueblos mediterráneos duermen poco y están siempre al aire libre. Dificilísimo, pues, el esquivar á su natural nervioso y curiosísimo un secreto de suyo tan interesante como un secreto de amor. Las noches en que no podía Leandro emprender su expedición pasábalas entre insomnios más procelosos que todas las tormentas y más fatigadores que todos sus nados. Para él más tranquilidad ofrecía la onda y la brisa que la cama. Así, cuando robaba con faci-

lidad el cuerpo al hogar y al pueblo natales, ponía-se en escollos altísimos columbrando la esperada luz que debía encender Hero en la torre de Sestos. ¡Cómo aguzaría la vista para penetrar en las tinieblas, deseando á un tiempo que las sombras llegaran á espesarse para no ser visto y á esclarecerse para ver! ¡El náufrago perdido no vió nunca el faro con la emoción despertada en Leandro á la vista del fanal encendido por la nodriza de su hermosa Hero en la torre de Sestos! ¡Cuántas veces, ya resuelto, se volvería para ver si en el hogar paterno alguien velaba, ó si en la ciudad natal le seguía sospechoso y vigilante algún vecino rival! Cerciorado por sí de los hombres, no podía con la misma seguridad cerciorarse de los elementos. ¿Quién le decía que la brisa más suave no se trocara en súbito huracán? Las aguas palpitaban siempre, y á estas palpitaciones entregaba su cuerpo. ¡Cuántas veces, aterido de frío, daba diente con diente sintiendo esparcirse por todo su cuerpo el helor de los cadáveres! ¡Cuántas veces llegaba fatigado y sudoroso á las opuestas arenas, después de haber pasado como un pez bajo las tumultuosas olas y tenido, al arribar, una especie de síncope que le presagiaba la muerte! A veces la hermosa luz que rielaba con tanto esplendor sus rayos de plata en las aguas celestes le hacía verdadera traición y le inspiraba recelo de revelaciones y ad-

vertencias que hubieran podido traerle, de seguro, irreparables dolores á él y á su amada. Recordando entonces que la casta y virgen Diana también había querido, como los mortales y los inmortales quieren, bien ó mal de su grado, y también había puesto sus puros labios en la frente de su Endimión, dormido sobre la roca del Atmos, rogábale de hinojos, tendiendo sus dos brazos en acción suplicante al plateado disco, tan hermoso en el cielo azul como en el mar callado, á que le favoreciese y prosperara su difícil carrera entre los vientos y las aguas. Todo parecía conjurarse contra su amor, y no le quedaba más refugio que su propio deseo ni más impulso que los movimientos y los latidos de su corazón enamorado.

Por fin deslizábase cauto en el mar. Aunque mil rumores produjeran las aguas y las costas, él sólo atendía solícito al rumor que hacían sus remos naturales hendiendo las olas. A veces, fatigado, se tendía inerte y se dejaba llevar como un alga por la corriente. Mas súbito el eco de cualquiera brisa le fingía un suspiro de su Hero y el centelleo de aquel fanal tan adorado le derramaba un calor vital nuevo en sus venas. Y entonces ganaba con ímpetu el espacio perdido en los anteriores desmayos. Cuanto más cerca estaba el término de su viaje, más combatía el atleta hermoso con las resistencia

de todos los elementos, y más milagros operaba con las fuerzas de sus músculos impelidas por las fuerzas de su amor. Al fin los rayos del fanal puesto en la torre caían sobre su cabeza, y la figura de aquella divina Hero se aparecía cerca del nadador estático. A la vista de aquella luminaria y á la presencia de aquella mujer, aguas y tierras, montes y valles, los astros del firmamento y las estelas del mar, se transformaban, como si participasen de su propia felicidad y sintiesen su intenso regocijo.

Inútil decir las emociones apoderadas del corazón de la joven mientras recorría su amado el paso de Abydos á Sestos en combate y guerra con las ondas. Siempre la mujer supera de suyo al varón en todos los dolores, compañeros de una pasión amorosa. Prescindiendo por completo de la mayor capacidad que para todos los afectos tiernos del alma posee la mujer, su condición doméstica y social sugiérole sentimientos mucho más vivos y mucho más numerosos que los sentimientos del hombre. Social éste, sí, eminentemente social, en el trato con los suyos encuentra olvidos y consuelos imposibles para la mujer, que dentro de su casa reducida sólo tiene por distracción el propio pensamiento. Las faenas del hombre lo divierten á continuo de toda idea fija, mientras las faenas del sexo hermoso á una idea fija lo atan. Caza, pesca, na-

vegación, viajes, comercio, exigen una cantidad tal de actividades y piden un movimiento tan continuo, que alejan las ideas fijas y ahogan las sensaciones singulares y perpetuas en los múltiples cambios y en las indecibles ocupaciones. Pero una mujer, sobre todo una mujer griega, ya presida ó haga las faenas familiares, ya cuide como sacerdotisa del fuego sacro, ya se consagre á la conversación ó á la lectura, sale difícilmente de su cárcel y mira los lejanos seres ú objetos queridos, de quienes la separan en el gineceo paredes y cerrojos, como el ave prisionera mira el cielo y la luz, chocando con los hierros al abrir sus alas para correr y volar por los espacios infinitos. La sacerdotisa de Venus, la enamorada Hero, cuando tornaba de los ejercicios de su culto, reclusiase dentro de la torre para curarse tan sólo de su pasión ardorosa, en la cual arrojaba el combustible de todas sus ideas y de todos sus recuerdos. Su cabeza inclinada tristemente, sus ojos entornados, sus cejas fruncidas, sus brazos caídos, su actitud de abandono y desmayo en la sede habitual, indicaban bien cómo la poseía un solo afecto. Pues al salir de sí para encontrarse con algún sér extraño, veía solamente á su nodriza, con quien hablaba de su amor y de su amante á la continua. Mas el objeto de sus miradas perpetuo era el mar. No señalan pléyades y cabrillas, si-

rios y arcturos las vías marítimas como las señalaban sus presentimientos. Creeríasela un ave nocturna de las que pasan, como los agoreros alciones, la vida entera en los escollos rodeados por las olas, anunciando á gritos el cambio de los vientos. ¡Con qué sumo interés estudiaba los cielos y las aguas! ¡Cómo su escudriñadora mirada se hundía en el horizonte profundísimo! ¡Qué placer le daba el buen tiempo! ¡Cómo sus nervios vibraban desconcertados y se dolían á modo de las cuerdas recién rotas de un arpa sonora en cuanto cualquier ráfaga de viento, una palpitación de olas, un culebreo de relámpagos alteraban el seno azul de la mar tranquila, cuyas celestes aguas servían como de lecho á su amor! Hero llegaba en su pasión á odiar el día y la luz. Estrella tan hermosa de suyo semejábase á un ave nocturna. Para ella todo el éter se condensaba en el fanal puesto sobre la cima de su torre, cual faro misterioso que designaba el viaje procelosísimo de Leandro. ¡Cuántas angustias mientras atravesaba éste su Helesponto! Muchas veces tomaba el fosforeo de las olas por sus ojos y el salto de los delfines por sus brazos. Sentábase, levantábase maquinalmente, corría de un lado á otro como loca, interrogaba inoportunamente á los astros, hacía por detener las brisas desfavorables con sus delicadas manos, y puesta de hinojos ofrecía

en oraciones sin fin á los dioses del mar, y del cielo, y del campo, y del aire, sacrificios y holocaustos sin término. Al fin de tales inquietudes, los nervios sacudían todo su cuerpo como el huracán al arbusto, y una especie de sueño magnético penetraba en su espíritu asaltado por obsesiones mágicas semejantes al delirio en sobreexcitación de la demencia.

Hero solía encomendarse principalmente al dios Neptuno. Aquel mar surcado por Leandro tenía todos los caracteres de un mar nefasto á las pobres doncellas. Hele había caído en sus ondas desde los cielos y ahogádose allí, como diciendo cuán funestas y nefastas sus aguas para las vírgenes. Hero creía naturalmente que se necesitaba una oración continua para desarmar á los dioses encolerizados. ¡Cuántas veces decía la infeliz á Neptuno, mientras Leandro nadaba en su busca, dudando, por su mal, del arribo y del encuentro, que no estaba el dios para oponerse á los amores ajenos ni para permitir á los vientos nefastos que los combatiesen y los contrastasen, cuando él mismo amara perdidamente á Tiro, tan alabada por sus gracias; á Circe con todos sus hechizos; á la incomparable Alción, que va siempre pareada con su compañero y roza los mares y llena de gritos los vientos; á la hija de Alimón, á Medusa, no obstante su cabellera de cule-

bras; á la blonda Laodicea y á la misma Celeno, puestas con sus uñas y garras entre los astros del cielo! Quien así ha sentido el amor, no puede negárselo á los demás sin renegar de sí propio. Después de todos estos recuerdos, le observaba que un dios tan grande y tan fuerte como él puede combatir á los altos navíos y á las flotas ricas, pero no á un pobre nauta, más mísero y más oscuro cuando va por el seno de las aguas que los últimos peces de un estanque. Tras estas oraciones, Hero atizaba la torcida luminosa de su lámpara brillante. Y si al atizarla chisporroteaba, signo fausto, deshacíase la joven enamorada en suspiros tiernos de santas esperanzas y en acciones amorosas de merecidas gracias. Después coge su copa sacra, y vertiendo en ella el hidromiel consagrado á Venus, la bebe y apura entonando mentalmente un sacro y armonioso himno. ¡Qué regocijo tras haber orado y ofrecido las libaciones litúrgicas encontrarse con que Leandro arriba y se arroja en sus brazos abiertos! desnudo como un atleta heleno, curtido por las ondas saladas, á las cuales añade para más adobar el cuerpo los aceites de Minerva, ceñido y coronado por algunas algas que se prenden y enredan á sus ensortijados cabellos, iluminado por la luz de los astros que se juntan con el resplandor de la querida lucerna, los ojos arrobados por el amor, los latidos

del corazón moviéndole como si fuese una fuerte armadura el pecho, fuera de sí por el regocijo que le causara la felicidad increíble de su llegada entre tantos daños y entre tantos peligros y procelas, diríasele un dios marino que sube impulsado por una especie de ascensión providencial desde las aguas á los aires para volar después desde los aires al cielo.

¡Cuánta efusión á la llegada y encuentro! La misma incertidumbre del arribo y las horribles luchas con los elementos sostenidas, prestan fuerzas á la satisfacción y al placer. El deseo cumplido y satisfecho de la llegada feliz adormece por un instante toda otra sensación y apaga toda otra idea. Tras estas emociones vivísimas llega el éxtasis de la mutua vista. Entrelázanse los brazos, confúndense los senos. Cada cual de los amantes parece buscarse á sí mismo en los respectivos ojos del amado, y los labios demandán besos al par que despiden suspiros. Entre los arrobamientos de la pasión exaltadísima, refiérense uno á otro aquellos dos extáticos amadores todo cuanto les ha sucedido en su ausencia. Y aunque sea siempre lo mismo, pensar cada cual en la mitad de su alma, convertir desde las opuestas orillas cada cual sus sendas miradas al punto donde cree hallarse su amor, y repitan la expresión de los mismos duelos por las des-

pedidas y del mismo regocijo por los regresos, es lo cierto que les parece todo nuevo y todo por vez primera sentido. Tanta es la viveza de las emociones momentáneas en el seno de la felicidad recentísima, que pone olvido de las emociones pasadas y concentra la vida en un minuto. Pero ¡ah! que la noche pasa pronto. Avecínase tras la rapidez vertiginosa de aquellos encantos la traidora luz que debe ahuyentarlos. Y como Leandro viene después que la población de Abydos se duerme, y ha de volverse antes que despierte, las horas consagradas al amor ¡ay! resultan pocas y pasan pronto. ¡Qué sensación tan áspera é ingrata la del ruido menor que anuncie, ya el aletear de las aves canoras, ó ya el zumbar de los insectos diurnos! La riente alba que tiñe de luz perlada los bordes hasta entonces oscuros del Oriente y derrama por doquier alegría, paréceles á ellos una sombra negra de nefastísima tristeza. Por fin Leandro tiene que irse y quedarse la infeliz Hero. Las lágrimas riegan la tierra que les ha visto ha poco tan satisfechos, y los suspiros de felicidad se truecan en sollozos de amargura. Leandro huye del crepúsculo matutino y Hero sigue á Leandro desde su torre con los ojos fijos y los brazos abiertos. Así transcurrieron noches y noches de amor. Pero en una tristísima ensoberbeciéronse los vientos, alteráronse las aguas, y las fuerzas del

joven que atravesaba el Helesponto le faltaron y los adversos elementos le rindieron. Leandro se ahogó. Hero, para quien la vida no tenía precio, muerto su amado, lanzóse á las aguas, y murió á su cuerpo abrazada, despidiendo con su postrer beso su postrer suspiro. En aquel Bósforo, donde se juntan las regiones más célebres del planeta, donde se miran las ciudades populosísimas del extremo de Asia y del extremo de Europa, donde vagan desde los recuerdos que despiertan la memoria de los argonautas en las primeras navegaciones hasta los recuerdos de los héroes en las guerras médicas, donde se asentaron califatos é imperios inmensos y se alza Constantinopla, la capital del planeta, no hay nada tan recordado y tan querido como las sombras de Leandro y Hero, que vuelan en los giros del aire y se retratan en los cristales del agua.

